

—¡Ah, pobres padres míos!—exclamó;—vosotros merecíais que yo viviera para cuidaros en vuestros últimos años y pagaros tanto cariño, pero yo no puedo vivir sin él.

Ocultó su semblante entre las manos, y prorumpió en sollozos, que en vano trataba de contener.

—Celeste—dijo de pronto una voz juvenil con el acento de la tristeza y del asombro.

La jóven levantó la cabeza y vió en la puerta á su hermano Pedro.

Una sonrisa quiso dibujarse en los pálidos labios de la jóven al mirar á su hermano; pero éste meció tristemente la cabeza, y le dijo:

—Mira, hermana, no te canses en fingir conmigo, porque ya no me engañarás.

—Tienes razon—repuso la jóven, cuyas facciones volvieron á tomar su expresion desolada y triste;—¿para qué he de fingir contigo? Vén á sentarte aquí, á mi lado, que tenemos que hablar.

Pedro dejó en el suelo la azada que llevaba al hombro, y se sentó en el suelo al lado de su hermana.

XVII.

LÁGRIMAS.

Celeste dejó su labor sobre las rodillas y tomó entre sus manecitas, blancas y abrasadas por la fiebre, la mano ennegrecida y callosa de su hermano.

Luégo le miró durante algunos instantes con dulce y tiernísima expresion, y le habló de esta suerte:

—Pedro, tú eres ya un hombre y puedo abrirte confiadamente mi corazon, ¿no es verdad?

—Sí—respondió el muchacho;—dime lo que quieras, y de mi pecho no saldrá.

—Pues bien, Pedro; quiero que seas, ademas de mi hermano, mi amigo, y decirte lo que á nadie en el mundo puedo decir; que me voy á morir muy pronto.

Celeste pronunció estas palabras con una sencillez tan perfecta y tanta conviccion, que Pedro se estremeció; porque ya sabemos que, á pesar de su fortaleza aparente, estaba dotado del más sensible corazon.

—Ya ves—continuó la jóven—que esto no lo puedo decir á nuestros padres, porque se affigirían demasiado; bastantes sentimientos les he dado en este mundo, y bien sabe Dios que sólo por ellos quisiera vivir..... pero no puedo.

—¡Quién sabe!—exclamó Pedro;—ya estás mejor, hermana mia, y tal vez estarás muy pronto buena y alegre.

—Buena y alegre estoy ahora, Pedro—repuso la jóven—ó á lo ménos mi cuerpo se halla bueno; estoy alegre, porque voy al cielo; lo que está enfermo y herido de muerte es mi corazon.

—¡Cómo! ¡áun piensas en Lorenzo!—exclamó Pedro, soltando con un impetuoso é involuntario movimiento la mano que Celeste tenia entre las suyas.

—Sí—respondió la jóven;—pienso en él siempre, sin cesar; yo quisiera remediarlo..... pero no puedo.

Celeste pronunció este *no puedo* con la misma expresión con que ántes habia dicho *no puedo vivir*.

—Pero—dijo Pedro—¿no hay otros muchos mozos en el pueblo y en otros pueblos, que te querrian más que él? Yo conozco dos que no te han pretendido aún, porque sabian que ibas á casarte con Lorenzo; pero que así que sepan que ya se acabó eso, te pedirán á padre y podrás elegir.

—Dios ha elegido por mí—hermano mio—y me llama junto á Él: no soy yo de las mujeres que pueden querer dos veces; he querido una, he sido despreciada, y no puedo volver á querer; no sabes tú aún lo que he pasado, y te lo voy á decir..... Mira, yo era muy infeliz cuando pensaba que Lorenzo me guardaba rencor por la corrección de padre; pero esperaba que volviese..... Después..... le vi un día paseando con la forastera, á la que miraba como jamas me ha mirado á mí, y la besó la mano..... Casi al mismo tiempo supe que padre y madre habian ido á rogarle, y que él dijo delante de ellos que queria aquella mujer..... Ya comprenderás que entónces perdí toda esperanza... Aun me quedaba la de olvidarle, y pedí muy de véras á la Virgen que me alcanzase de su divino Hijo aquel favor... pero no me convendria, porque no me lo concedió.

Detúvose aquí Celeste; su voz estaba embargada por las lágrimas; conocíase que su corazón se destrozaba al hablar así, y que lloraba invisible pero amargamente.

Pedro la miraba como asustado: aquel muchacho valeroso hasta la osadía, insolente hasta la brutalidad, contemplaba con una especie de pasmo doloroso la pali-

dez de Celeste, su agitacion y el temblor de sus labios, que apenas podian articular las dolorosas frases que suenan desde su corazón.

—¡Calla, calla!—dijo al fin el pobre rústico;—calla, que estás padeciendo mucho y me quebrantas el alma.

—¡Ay, Pedro! ¿á quién más que á tí puedo abrir la mia?—exclamó Celeste, que al fin prorumpió en llanto:—déjame contarte lo que he pasado; ¡ha sido tanto, que de seguro iré al cielo, si Dios me lo toma en cuenta!

—Prosigue—murmuró Pedro con una especie de sombria calma y de paciencia feroz.

—Desde que dejé de esperar la vuelta de Lorenzo—prosiguió la jóven—y aún más, desde que dejé de verle por acá, le empecé á ver con los ojos del pensamiento: si me dormia un instante, allí estaba Lorenzo..... la sombra de un árbol me parecia él..... el ruido de las hojas me parecia el de sus pasos..... el rumor del viento me parecia su voz..... siempre, siempre estaba delante de mis ojos..... Pedro, dime, ¿por qué pondrá Dios esos amores en el corazón, que se aferran á él como esa zarza á las piedras de la pared? Sólo ¡ay! que las piedras no se desgarran, ¡y el corazón sí! En fin, ¡yo no le olvidaba un momento! Luégo perdí el sueño..... ¡Si vieras, Pedro, cuántas noches hace que no duermo!

—Desde hoy—dijo el muchacho enjugando sus ojos con el dorso de su callosa mano—bájate al huerto y hablaremos los dos: yo te divertiré y tú te desahogarás como ahora contándome tus pesares..... ¡Si te pones peor, te llevaré en los brazos á la orilla de aquel arroyo que corre al pié de la avenida de los sauces, y que tanto te

gustaba: allí he plantado una manta de azucenas, que te esperan para alegrarte los ojos: ¡si vieras qué bien huelen! Todo al rededor trasciende, y parece que el aire está lleno de sus perfumes; yo, aunque soy más pequeño que tú en años, tengo fuerza como seis veces, y no tienes que temer que me canse aunque está algo lejos..... Vamos, Celeste, no te mueras..... ¿qué será de todos si nos dejas? Iré á ver á Lorenzo..... ¡le besaré la mano para que me perdone y volverá!.....

Pedro, que habia empezado á hablar con voz serena, acabó sollozando de tal modo que tuvo que callar.

Celeste meció tristemente la cabeza, respondiendo al último pensamiento de su hermano.

Éste comprendió aquella respuesta muda; tragó el gran caudal de gemidos que habia en su garganta y que le impedía respirar, y prosiguió con voz que temblaba:

—¿Por qué no puede volver? Puede que, como yo he sido siempre tan bruto con él, no quiera casarse contigo por no llamarme hermano..... ¡pero yo le diré que seré más suave que la seda, y lo cumpliré, y por mí no habrá ya mas disgustos!

—No pienses en eso, mi querido y generoso Pedro—repuso Celeste besando á su hermano en la frente;—Lorenzo no volverá..... no me quiere ni me ha querido jamas..... Como yo era la hija del alcalde y, segun ha dicho muchas veces, la muchacha más bonita del pueblo, me quiso por vanidad.... Vino luégo otra, que era una señora, y la vanidad le obligó á quererla..... ¡Los que vamos á morir vemos todo conforme es y no nos engañamos nunca, créeme!

—¿De modo—dijo Pedro pensativo—que no habrá medio ninguno de que Lorenzo vuelva aquí y se case contigo?

—No—respondió Celeste dolorosamente.

—¿Ni áun diciéndole que te mueres?

—Tampoco; y si entónces volviera, sería por lástima; ya ves que yo no puedo querer que vuelva así.

—Yo tampoco quiero que se case contigo por lástima, ni padre lo consentiria nunca; pero ten por seguro, hermana, que la hora de tu muerte será la del fin de su vida.

Al oír estas palabras, al ver la sombría resolución que se advertia en las facciones de su hermano, Celeste se levantó pálida y temblorosa.

Sus facciones, descompuestas por el espanto y destituidas por completo de la engañosa tranquilidad que disimulaba los estragos de su mal, retrataron entónces la proximidad de un fin seguro.

—¡Dios mio—exclamó la jóven elevando al cielo sus manos—¿no he padecido aún bastante, que quereis que deje detras de mí delitos y lágrimas? ¡Pedro! ¿no quieres darme lo único que está en tu mano, una muerte tranquila? ¿Quieres añadir á la pesadumbre que mi pérdida causará á nuestros padres otra mayor y que les quitará la vida, la de verte convertido en asesino? ¡Pedro, por Dios y su santa Madre, por lo mucho que he padecido, déjame morir tranquila y bendiciéndote!

—¿Y se ha de quedar ese tunante sin castigo?

—¡Dios se lo dará!—repuso la jóven con voz profética;—¡sí, no dudes que Dios castigará el haber destroza-

do mi corazón! Lo verás volver á esta aldea pobre, abatido, viejo ántes de tiempo, y acordándose de mí con amargura; entónces, Pedro, en vez de reconvenirle, tiéndele en nombre mio una mano generosa..... y dile: «Pensaba matarte; pero Celeste me dijo ántes de morir que te favoreciese en lo que pudiera, y quiero obedecerla; esto lo hago en nombre suyo; ella vela por tí desde el cielo.» Esa es la mayor venganza que puedes tomar de él.

Conforme la niña habia ido hablando, las rudas facciones de Pedro habian ido perdiendo la feroz expresion de rencor y de encono que las animaba, sustituyéndola otra de tristeza pensativa.

—Bien — dijo — siéntate, Celeste, y está tranquila; haré lo que tú me mandes; no quiero que lleves contigo ninguna pena causada por mí.

—¡Oh, sí! ¡y sería muy grande esa pena, muy grande!—dijo Celeste dejándose caer de nuevo en su asiento;—mi pobre alma no descansaría tampoco en el otro mundo, y despues de haber pasado el purgatorio en vida, hallaría otro despues de mi muerte, porque sería la causa de tu delito. ¡Déjame, pues, que descansa en paz allá arriba, ya que tan desdichada he sido acá abajo! ¡Díme que perdonas á Lorenzo!

—Le perdono.

—Bien, gracias, hermano; ahora aún he de pedirte otra cosa.

—Pide lo que quieras.

—Mira..... mi muerte dejará tristes á nuestros padres, porque ya sabes lo que me quieren; yo les consolaba en

sus desazones y ayudaba á madre en cuanto podia..... en mí tenían confianza, y gustaban de mi compañía..... Pedro, cuando yo falte..... mira..... ¡siento decirte esto, y no quisiera ofenderte!

—Habla sin temor.....

—Pues bien..... procura suavizar tu condicion, ya que tu corazón es tan excelente; ámalos, consuélalos y obedécelos en cuanto te manden, pues ya sólo les quedais Mariano y tú; el pobre pequeño de poco puede valerles, y tú serás el sosten de la casa y el apoyo de su vejez, si eres más dulce en tus modales; amándoles como tú les amas, ¿qué cuesta dárselo á entender?

—Procuraré obedecerte en todo, aunque soy rudo y bestia —respondió Pedro.—¡Ay, Celeste! ¡si tú vivieras con nosotros fácil te sería lograrlo, porque me ayudarias con tus consejos! ¿Por qué te empeñas en irte?

—Dios se me lleva, hermano, y Dios ayudará tu buena voluntad..... además, te ruego que no maltrates al pobre Mariano..... es mucho más chico que tú y el pobrecillo está amedrentado con tu genio fuerte.

—¡No sabes tú lo socarron que es ése!—exclamó Pedro;—ninguno de casa le conoce como yo; ¡es un hipócrita con más picardías que un perro viejo! ¡Ya, ya *dará que rascar!*

—Es un niño, y tú ya eres un hombre, Pedro, acuérdate de esto; y de que el fuerte debe siempre proteger al débil.

—Bien está, hermana, haré cuanto me digas—repuso Pedro;—descuida en mí.

La jóven subió hasta sus delicados labios la callosa

mano del chico que habia vuelto á tomar entre las suyas, y dejó en ella dos lágrimas de gratitud.

Pedro rompió á llorar de nuevo, y estrechó á Celeste contra su robusto pecho, sollozando tristemente; luégo, deseando hacerse superior á aquella pena que le anonadaba y que producía en su hermana una emoción tan peligrosa, se arrancó de allí, y salió á la calle, perdiéndose pronto entre la sombra de unos grandes árboles.

Ya era tiempo: Joaquina volvía de la cocina, en la que á la vez que habia estado aderezando la comida, habia estado calculando cuántas varas de percal azul necesitaba Celeste para su traje.

¡Pobre madre! ¡La inocente niña por quien tanto se afanaba sólo necesitaba ya un blanco sudario.

XVIII.

CIENO Y DOLOR.

¿Quién era Enriqueta? ¿Una mujer mala?

Era una desgraciada criatura de las que hay infinitas en la extension de la tierra.

Algunos las culpan, jamas las he acusado yo.

Pobres almas, desecadas por la mano impía de la fatalidad y del vicio ántes de que su corazon haya empezado á latir, bastante infelices son en no haber hallado el camino del bien en la tortuosa senda donde las arrojó su destino.

Es cierto que ellas no se emplean nunca en esas pobres y mecánicas labores á que se sujetan las mujeres honradas.

Es cierto que no las cercan los míseros y fatigosos cuidados de la vida; que no cosen, que no toman cuentas á sus criadas, que no reparten una módica suma del mejor modo posible para que atienda á los gastos de cada mes: es verdad que las rodean el fausto y la opulencia; pero ¿acaso puede consolarles esta vida sin objeto, fria, por decirlo así, de haber perdido la estimacion del mundo y su propia estimacion? ¿No es más dichosa la pobre madre de familia, la esposa casta y honrada, cosiendo con afan y limpiando su casa, que ellas, obligadas á ocuparse constantemente en cazar caudales, á fingir sonrisas, cuando están devoradas por el hastío, y á prodigar caricias al hombre que desprecian?

No tienen ni los desvelos de la esposa, ni las esperanzas de la madre: no leen, no escriben, no meditan, no rezan: ¿para qué? ¿para qué cultivar su inteligencia? ¡Dichosas podian llamarse si su alma y su entendimiento desapareciesen, fundiéndose en los instintos materiales, que son sus únicos medios de subsistencia! ¿Para qué han de mirar al cielo si viven en el abismo? ¿Para qué han de buscar el sol si sólo hallan pan en la oscuridad? Y para colmo de desgracia, la educacion de esas pobres criaturas suele ser siempre esmerada, y su parte intelectual brillante y desarrollada: mucho más desventuradas que las meretrices que convidan por las calles con sus postizos atractivos, necesitan ser positivamente bellas, positivamente amables y bien educadas, y cada noche

ven desde su palco, con profunda amargura, á la honrada esposa, que cuenta más años que ella, y que ostenta en su persona la primera flor de la hermosura conservada por una vida tranquila y serena, en tanto que su hermosura empezó á marchitarse cuando empezó á florecer, y se marcó con la triste expresion del disgusto y del hastío.

El vicio desnudo y desvergonzado que se ostenta es ménos digno de lástima que ese vicio cubierto de seda y flores que exige tambien su decoro, que necesita revestirse de los atractivos de la decencia. ¿Hay algo más horrible que la degradacion del cuerpo unida á la ilustracion del entendimiento? ¿Saber música, pintar, gustar de buenos libros, poseer, en fin, todas las aficiones, cuyo cultivo elevan el alma al cielo, y arrastrarse en las sinuosidades del abismo?

No os admireis nunca de la honradez de una mujer, cuando está dotada de buena luz natural: de un lado las privaciones y hasta la miseria, y de otro el fausto, los carruajes y los diamantes, prefiere, y tiene razon, elevar la frente rodeada del modesto tul de su mantilla, á humillarla cargada de diamantes, y las penalidades de su posicion, á la *nada* espantosa que deja en el alma la precision de robar caudales ajenos.

Estas reflexiones ocupaban á Enriqueta al dia siguiente de la tarde en que Celeste tuvo con su hermano su larga y dolorosa conversacion.

Eran las once de la mañana y acababa de levantarse.

El anfitrión de aquella casa, su amante, en fin, habia salido á cazar con sus amigos, y la jóven se hallaba

sola, como de costumbre, y reclinada en un sofá relleno de almohadones.

Aquel dia era su palidez más intensa que de ordinario: hacia dos años que padecia un mal desconocido que la sumergia en una languidez invencible, y que no podia sacudir de su cuerpo ni de su espíritu.

El amor del campesino la habia divertido el primer dia; despues la habia aburrido, como la aburría todo: no obstante, como la aburría más el banquero, que era ademas bastante avaro, y que la tenía como un objeto de lujo, se dijo que nunca podia hallar más favorable ocasion para salir de su dominio.

Lorenzo era rico: conduciendo á Lorenzo al extremo de fugarse con ella, llevándose el caudal de su padre, cuya mayor parte estaba en dinero, huía de su actual dueño y se ponía á cubierto de la necesidad para siempre.

De esta suerte, perdía á Lorenzo, es verdad; pero ¿qué era Lorenzo para ella? Un instrumento que podia romper cuando ya no le hiciese falta.

Medió echada sobre los almohadones, con los ojos entornados y cargados aún con el peso del insomnio, pudiera asegurarse que Enriqueta no pensaba en nada; tampoco era lo que le ocupaba el proyecto de la fuga.

Abrióse suavemente la puerta, y apareció en el hueco que dejaba entre sus dos hojas la pálida cabeza de Lorenzo.

Nadie más que su padre ó Celeste pudieran haberle reconocido: tal era el estrago que se advertía en su semblante, producido por la continua ansiedad en que le tenía el carácter de aquella mujer.

—¿Qué hay?— preguntó ella.

—Vengo á decirte— respondió él— que ya está todo preparado. He avisado al carruaje, y dentro de hora y media estará aquí: ¿tienes algo más que llevar á la ciudad?

—No— respondió ella— gracias, querido Lorenzo: voy á vestirme, y así que llegue el cochero marcharé.

—Toma— dijo Lorenzo echando sobre la falda de la jóven algunos paquetes de billetes de Banco; luégo sacó de debajo de su ropa un taleguito pequeño, pero que parecia muy pesado, y añadió:— Encárgate tú de todo eso.

Enriqueta tomó el talego, y lo colocó con los billetes en el sofá ocultándolo todo con los almohadones del mismo. Luégo mirando á Lorenzo con una expresion de desprecio que no pudo disimular del todo, preguntó:

—¿No hay más?

—Sí— respondió Lorenzo con salvaje orgullo— hay algo más que llevaré conmigo.

—¿Á cuánto ascenderá?

—Son otros tantos billetes como esos.

—Pues me parece, si no hay más, mal aplicado el sobrenombre de *el rico* que se da á tu padre.

—Es, sin embargo, la persona más rica de este país.

—Y..... ¿le dejas algo?

—¡Ni un real!

—Bueno; así le imposibilitas de seguirte: ¿y cuándo nos reuniremos?

—Esta tarde á las cuatro: tú véte así que llegue el carruaje, y espérame en la fonda consabida; así que yo

llegue tomaremos los billetes para Madrid, y saldremos esta misma noche.

En aquel instante se oyó una voz gruesa y varonil, que decia como respondiendo á alguna objeccion:

—¿Y á mí qué me importa que esté en su cuarto? ¡Quiero verla, y la veré!

—¡Mi padre!— exclamó Lorenzo.

—Entra ahí y sal por la puertecilla que da al olivar— dijo Enriqueta señalando al jóven una puerta situada á su izquierda; luégo añadió:— Suceda lo que quiera, hasta la tarde.

Lorenzo desapareció, y ya era tiempo, porque su padre se presentó en el umbral de la puerta de entrada cuando áun se agitaban los pliegues de la cortina que cubria la puertecilla que le habia dado paso.

Bruno se adelantó hácia Enriqueta con una especie de resolucion amenazadora: parecia haber envejecido mucho en el breve espacio de algunos dias: estaba flaco y sombrío.

—Señora— le dijo sin saludarla y con tono brusco é irritado— vengo á preguntar á V. qué es lo que piensa hacer con mi hijo.

—¿Yo?— respondió Enriqueta, que era naturalmente valerosa;— ¿qué he de hacer? ¡No sé que me sea útil para nada!

—Vamos claros— repuso Bruno.— Usted es una buena pieza y sabe más que él; vengo á decirle que le dé dimisorias ya que le ha vuelto el seso.

—Buen hombre— repuso la jóven— déjeme V. en paz: su hijo de V. me fastidia, me aburre, y se lo he

dado ya á entender más de una vez..... enciérrele usted y será mejor para los dos. ¿Qué tengo yo que ver con él, ó para qué le necesito?

Enriqueta, al decir estas palabras, hizo un movimiento desdenoso, que descubrió una punta del taleguito lleno de oro, que acababa de entregarle Lorenzo.

Para desgracia suya, Bruno, como atraído por una fuerza magnética, fijó sus ojos en el saco; en el mismo instante, su mirada se dilató; sus facciones se vistieron del carmin de la cólera, y gritó con voz ronca y terrible:

—¡Ladrona!

Enriqueta palideció hasta ponerse lívida, porque comprendió al instante lo que pasaba: atónita, desatinada, quiso cubrir con los pliegues de su peinador aquel objeto fatal; pero la mano ruda de Bruno la arrancó bruscamente del sofá, descubriendo también los billetes de Banco.

—¡Ladrona! ¡infame!—gritó de nuevo y con mayor furia:—¿conque me robas mi hijo y mi dinero? ¿Conque querias dejarme solo, miserable, desesperado? ¡Ahora verás lo que se hace aquí con las pérdidas como tú!

Y acercándose á la ventana, sin soltar á la infeliz joven, cuyo brazo tenía asido con su mano de hierro, gritó con estentórea voz:

—¡Á mí!..... ¡favor!..... ¡llamad al alcalde!

—¡Por Dios, buen hombre!—exclamó la pobre mujer, trémula de angustia y de pavor;—suélteme V. y yo le explicaré..... yo le diré todo lo que pasa..... recoja usted su dinero..... yo no lo quiero..... yo no lo necesito.....

—¡Á mí! ¡favor!—volvió á gritar Bruno, que sentía temblar entre sus manos aquel frágil cuerpo, sin que un movimiento de piedad agitase su honrado corazón: tanto era su encono contra aquella mujer.

—¿Qué pasa?—preguntó en la calle una voz.

—¡Ah! ¿eres tú, Meliton?—preguntó Bruno;—anda, vé á llamar al alcalde y á la pareja de guardias civiles que acabo de ver en su casilla; ¡anda, pronto!

—Pero ¡Dios mio! ¿qué le he hecho yo á V.?—gritó Enriqueta retorciéndose con desesperación;—¿no tiene ahí su dinero? Ni un real falta..... ¡ni lo he visto!..... ¿qué más quiere?..... ¡es cosa infame maltratar así á una pobre mujer!..... ¡y estoy sola!..... Teresa me dejó y todos están de caza.

—¡Y tú también lo estás á lo que parece—repuso *el rico* con sardónica sonrisa.—No te retuerzas, porque no te soltaré..... ¡Ah!..... ya está aquí el alcalde.

En efecto, Juan María apareció en la puerta de la estancia, seguido de la pareja de guardias civiles, destacada en Cabañas, y de algunos vecinos de la aldea.

—Esta mujer me ha robado—dijo Bruno arrojando á la desgraciada hácia los guardias:—allí sobre aquel sofá está el hurto, que ella tapaba con sus vestidos.

—Verdad es,—dijo una labradora;—me acuerdo que la mujer de Bruno hizo ese saco, poco ántes de morir, de un pedazo de seda fuerte que yo le di: ¿no os acordais de que yo he tenido una colcha de novia de esa tela?

—Sí, sí—dijeron otras dos mujeres;—ese saco es de Bruno, y ayer lo tenía lleno de dinero: como que tomó

de él para pagarme á mí unas simientes que mi marido me encargó que le llevase.

— Á la cárcel con ella — dijo Juan María á los guardias, señalando á la desdichada con una mirada llena de encono; — y así que la dejemos bajo llave, uno de ustedes irá á llevar el aviso al juzgado.

Enriqueta se cubrió el rostro con las manos y empezó á sollozar de un modo desgarrador.

— Vamos andando, señora — dijo uno de los guardias — y no se desespere así: si es inocente pronto saldrá en libertad.

La jóven bajó la escalera y salió al campo: su paso era desigual; ora se detenía, ora lo aceleraba, y todo el resto de pudor que existía en ella se rebelaba contra su ultraje.

El trayecto hasta la cárcel era muy corto: al llegar á la plazoleta, donde tenía sus citas con Lorenzo, la presa y sus guardias, seguidos del alcalde y de Bruno, se cruzaron con Pedro.

— ¿ Á dónde vas? — le preguntó su padre.

— Como está cerca hoy el trabajo voy á almorzar á casa, y de paso á ver cómo está Celeste.

— ¡ Hoy mucho peor! — repuso el alcalde; — ha vuelto la calentura.

— ¿ Y qué es eso, padre? — preguntó Pedro señalando á la jóven que marchaba entre los dos guardias.

— Que llevamos presa á esa buena prenda.

— ¡ Presa!

— ¡ Sí! ha robado á Bruno: mira por qué mujer ha despreciado Lorenzo á tu hermana.

El alcalde dijo estas palabras con profunda amargura: la presa en aquel instante se dejó caer de rodillas sollozando.

Las rudas facciones de Pedro expresaron de repente una compasion profunda, y su perspicaz instinto conoció de lo que se trataba.

Lorenzo habia robado á su padre para comprar á aquella mujer, y ella, víctima del encono de Juan María y de Bruno, pagaba el hurto de Lorenzo. ¿ Cómo habia *el rico* de acusar de ladron á su hijo? ¡ Imposible! ¿ Cómo habia de perder la ocasion de vengarse de la que le robaba su hijo y su caudal? ¡ Más imposible todavía!

Pedro, sumergido en estas reflexiones, llegó hasta la puerta de la cárcel. Juan María abrió, descolgó de los clavos donde estaban las llaves una de ellas, abrió una de las celdas del antiguo convento que servian de calabozos, y haciendo entrar en ella á la jóven, volvió á cerrar y se guardó la llave.

En seguida se volvió á su casa; Bruno entró en la suya, y la reunion se dispersó.

Celeste no se habia levantado aquel dia; una fiebre aguda la postraba: su hermano y su padre se acercaron al lecho de la pobre niña, á cuya cabecera lloraba Joaquina, y la contemplaron con profundo dolor.

— Padre — dijo Pedro de repente y en voz baja al alcalde — ¿ qué va á comer esa tunanta?

— No habia pensado en eso — repuso Juan María; — ya se le llevará alimento.

— ¿ Quiere V. que le lleve yo agua y pan para que vaya pasando?

—Vé—respondió Juan María;—el Juzgado tardará aún tres horas en hallarse aquí; toma la llave, llévale un pan y un jarro de agua, y no le digas nada.

Y Juan María se volvió hácia su hija, de la cual parecía no poder separar los ojos.

Pedro echó sobre Celeste una última mirada, salió del aposento, y poco despues de su casa; pero no llevaba en la mano ni agua ni pan para la prisionera, y caminaba con rápido paso hácia la cárcel.

Llegó á ella en breve: los guardias se habian retirado á su casilla, situada cerca de la habitacion del alcalde. Pedro abrió, tomó la llave del calabozo y le abrió igualmente.

Sentada en una silla de madera, y con el semblante oculto entre las manos, se hallaba Enriqueta, que, al oír la puerta, volvió su pálido rostro, llena de terror.

—¡Salga V., y pronto!—le dijo Pedro bruscamente.

—¡Qué salga!—repitió Enriqueta asombrada.

—¡Vamos! ¿hablo en turco? Que tome V. al momento el portante..... yo le doy libertad y le libro de lo que merece en nombre de mi hermana..... ¡no me aguantan el corazon el ver sufrir á una mujer!.....

—¡Dios mio! ¡qué oigo!—exclamó la jóven;—¿puedo salir de aquí? ¿Quién eres, generoso muchacho?

—Soy el hijo del alcalde..... el hermano de Celeste, Pedro Carrasco..... que no se deja engañar como los demas..... Yo sé que el canalla ladron es Lorenzo y no usted..... y la doy suelta. ¡Si sabe V. rezar, rece para que que no se nos muera mi hermana!.....

Pedro pasó la mano por sus ojos; luégo, haciéndose

superior á su emocion, tomó á Enriqueta por un brazo y la sacó de la cárcel; entónces le dijo:

—Ahora corra V. y no deje que la vuelvan á atrapar.

En aquel instante se oyó el ruido de un coche. Pedro cerró la cárcel y se guardó la llave.

La prisionera corrió hácia el carruaje: abrieron la portezuela y se metió en él.

—¡Alto!—gritó de repente una voz.

Pedro se volvió: habia conocido el acento de Lorenzo, que bajaba corriendo desde su casa á la cárcel; su padre acababa de enterarle, sin duda, de la prision de Enriqueta: ésta sacó la cabeza por la portezuela y dijo á su amante con acento contenido:

—¡Calla y sube!

—¿Qué es esto?—preguntó Lorenzo, dentro ya del coche.

—¡Aquel chico me ha salvado!—respondió la cortésana, señalando al hijo del alcalde, quien inmóvil en medio del camino les miraba con una risa sardónica.

—¿Pedro?—preguntó absorto Lorenzo.

—¡Á escape!—gritó Enriqueta al oido del cochero por toda respuesta.

El carruaje arrancó, y bien pronto desapareció en una revuelta del camino.

—¡Id con Dios!—murmuró Pedro;—¡tal para cual! ¡Bien castigado estás, cobarde verdugo de mi hermana!

Y tomó con paso firme el camino de su casa.